

LIBROS

FRANCISCO SUAREZ. *Disputaciones metafísicas*

(Biblioteca Hispánica de Filosofía)

Un público numeroso de pensadores del lengua hispánica reclamaba ya hace tiempo una reedición de las *Disputationes Metaphysicae*, a pesar de las dieciocho ediciones con que contaba la ingente obra del filósofo español. Para estudiar sin dispendios evitables de esfuerzo y de tiempo el pensamiento filosófico de Suárez, no pocos deseaban que la nueva edición apareciera con la traducción española avalada por el texto original.

A la Editorial Gredos de Madrid le cabe el honor de haber realizado ya en parte la ardua empresa, bajo la rúbrica de Biblioteca Hispánica de Filosofía. En la presentación del primer volumen los traductores Sergio Rábade Romeo, Salvador Caballero Sánchez y Antonio Puigcerver Zanón dedican nueve páginas introductoras al pensamiento metafísico suareciano y a las normas seguidas para la fijación del texto a base de la edición parisina de Vives comparada con tres o cuatro ediciones precedentes. El malogrado Dr. Yela había intentado una depuración crítica del texto pero esta empresa requería un trabajo previo inmenso. Los traductores con muy buen acuerdo no han querido comprometer su obra con las tareas propias de una edición crítica. El mérito sustancial de la obra está, por tanto, en el esfuerzo ingente que hasta ahora nadie ha podido realizar por su dificultad cuantitativa, y todavía más en la oportunidad de poseer en castellano una edición bilingüe de las *Disputaciones Metafísicas*.

Bastaban estas consideraciones para saludar esta edición como una obra de innegable oportunidad en la historia del libro. Pero la oportunidad bibliográfica, culturalmente muy estimable, resulta un valor muy secundario ante la conveniencia y aún necesidad doctrinal que en la crisis actual de las ideas supone el estudio metafísico de Suárez facilitado a grandes masas de lectores.

Asistimos a la abertura del hombre a una nueva perspectiva del mundo y del ser. Algunos piensan que el hombre mismo experimenta una evolución espiritual simultáneamente en todos los países del mundo. Dentro de las corrientes actuales de universalización del pensamiento, resulta anacrónico alistarse a cualquiera de las escuelas filosóficas, que en tiempos pasados correspondieron a niveles muy diversos de la cultura humana. Sería utópico preguntar cuál de las filosofías metafísicas fué verdadera o falsa: el platonismo, el aristotelismo, el agustinismo, el tomismo, el escoltismo, el idealismo, la fenomenología vitalista o el existencialismo, aunque esto no quiera decir

que nos sean igualmente estimables estos sistemas filosóficos. Por eso el historicismo filosófico, que hemos conocido, ha prescindido de la polémica de fondo introduciendo la costumbre de exponer el ideario de las diversas escuelas filosóficas, algo así como si se tratara de especies biológicas propias de edades sucesivas. Así están concebidas las grandes historias de la filosofía.

Pero tampoco este historicismo filosófico nos puede vencer. Sin desconocer el valor de las polémicas precedentes y del historicismo reciente hoy nos enfrentamos ante el problema filosófico en una actitud muy diversa. Sin caer en el relativismo ni equiparar los sistemas filosóficos, comprendemos que los esfuerzos sistemáticos de la filosofía humana han tenido el valor de las grandes empresas espirituales, logradas y no logradas en que ha intervenido el hombre, aunque con éxito muy distinto. Esos esfuerzos contienen siempre lecciones instructivas, unas veces por las verdades que se descubrieron, otras veces por el valor epistemológico, dialéctico y científico con que se llevaban a cabo, otras veces por la ejemplaridad misma de las aventuras y fracasos, cuando se los examina serenamente.

El esfuerzo aristotélico tomista por la posesión del ser logró resultados a los que nunca podrá renunciar la Filosofía. Pero tampoco puede renunciar al esfuerzo realizado por el criticismo al examinar si la posesión del ser es anterior a su captación cognoscitiva o si el conocimiento ha de preceder a la posesión. El idealismo de Kant atribuyó carácter trascendente a las formas cognoscitivas apriorísticas, mientras que la fenomenología y el existencialismo se basan en el carácter inmanente del conocimiento humano. Descartes creyó superar estas dificultades con el *cogito ergo sum*. Todos estos esfuerzos versan en torno a la metafísica del ser, como es sabido, Aristóteles creyó superar sus dificultades con la teoría ingenua de que las especies o *eidos* del ser, son simultáneamente existentes y autocognoscitivos, deduciendo de ahí la teoría de que la cognición intelectual se produce por la mera presencia mental de las especies trasladadas misteriosamente del objeto al sujeto cognoscente.

Pero junto a estos conatos de acoplar el ser con el conocimiento del ser, unas veces partiendo de lo primero a lo segundo y siguiendo otras veces en el camino inverso, ha existido otra dirección inmemorial del pensamiento humano recogido por el estoicismo y fomentado después por el neoplatonismo, escuelas ambas que plantean el tema filosófico partiendo del logos, es decir de la palabra, de la conversación. El hombre no solo conoce y capta las cosas al modo helénico o aristotélico de mirar al exterior para examinar los objetos que nos rodean, sino también hablando. Ahora bien el hablar es emitir y recibir. Los estoicos y San Agustín creyeron que aún los mismos conocimientos sensibles se obtenían en ese

proceso de emisión y recepción, propio del diálogo. De todas maneras nada impide que la recepción elemental de los estímulos de los objetos externos sea una pura **condición** y no **causa** del conocimiento intelectual, cultivado por el hombre unas veces pensando, es decir, hablando consigo mismo y otras veces hablando con los demás.

Esta filosofía del logos de procedencia estoica-neoplatónica, que no había sido promovida sistemáticamente hasta Suárez, conduce a nuevos panoramas donde se combinan el ser y el conocimiento, mediante procesos sistemáticos que difícilmente se podían examinar en las épocas de las controversias de las escuelas y en puro historicismo filosófico, valorándolos debidamente. Admitase o no se admita la consistencia del pensamiento suareciano, hoy puede comprenderse mejor que en tiempos pasados el mérito de su esfuerzo por construir una metafísica cristiana adaptada al problema de la revelación, es decir, una filosofía propia del hombre que se halla en conversación con Dios, en medio de la sociedad y del mundo. La metafísica construida en estas circunstancias brota de la precisión que tiene el hombre de conocer a sus interlocutores y el mensaje que ellos le comunican.

En esta situación no puede engolfarse el pensador en el conocimiento del ser existente, en toda su dimensa variedad y profundidad. Tampoco puede perderse en lucubraciones lógicas sobre el ser abstractamente examinado. Su tarea básica y primera es orientarse en el diálogo con Dios, con el hombre y las cosas. Suárez lo hace en forma de disputaciones, en las que se esfuerza por llegar a los conceptos más comprensivos y profundos de la realidad, que permitan contemplar el mundo con la mayor seguridad y extensión posible, en vez de hacerlo en forma de tesis o de lecciones dogmáticamente desarrolladas. Su primera preocupación consiste en examinar las vinculaciones subjetivas y objetivas del hombre con sus interlocutores. Para ello examina el concepto subjetivo y el concepto objetivo del ente llegando a la conclusión de que el ser examinado en ambas formas tiene la propiedad fundamental de la unidad.

La unidad del ser, entendiendo ambos términos con diversos matices, es un rasgo del pensamiento neoplatónico cristiano y pagano, que caracteriza también a la filosofía de Suárez. Ni los neoplatónicos ni el suarismo aspiran a conocer el ente en su infinita variedad existencial. Lo imprescindible es conocer al Uno absoluto, que es Dios, y el rasgo fundamental de todo ser participado que es su dependencia de Dios para constituirse como un individuo contingente. La identificación de contingencia y dependencia es un nuevo rasgo común entre Suárez y el Areopagita. Este aprecio de la dependencia creada les separa radicalmente de la orientación del existencialismo moderno que ve en la contingencia un rasgo degradante del ser limitado, y no una nota que le eleva hacia Dios y le ennoblece. En cuanto al estudio del ser existente y finito en toda su extensión ha de ser objeto de las ciencias particulares y no de la metafísica.

Terminaremos esta presentación de la obra suareciana recordando el carácter transcendente que en ella adquiere la causalidad lo mismo que en el estoicismo y en el neoplatonismo. Un aspecto neoplatónico-suareciano de la doctrina de las causas es la teoría de que la causa ejemplar es eficiente lo mismo en las obras divinas que en las humanas, doctrina comúnmente admitida por los modernos especialistas de la Estética.

Estas perspectivas de la filosofía del logos combinada con la filosofía del ser, dan al pensamiento de Suárez un dinamismo y amplitud cuya importancia puede apreciarse mejor a medida que avanzan las ciencias y urge la necesidad de una metafísica más amplia que la del ontologismo aristotélico o el criticismo filosófico de los últimos siglos. Por otra parte, en la crisis moderna del mundo, le es necesario al hombre imbuirse en ideas filosóficas de un teólogo como Suárez, familiarizado con la presencia de la infinitud divina, fundamento último de nuestra existencia temporal. Por estos motivos saludamos como una obra de singular transcendencia la publicación de las **Disputaciones metafísicas** suarecianas emprendida por la Editorial Gredos en forma tan manejable y excelente.

ELEUTERIO ELORDUY, S. J.